

Fragmento de novela

El otro Vasconcelos

Héctor Anaya

Un hombre que en el año 1929 apoyó a José Vasconcelos en su campaña por la presidencia de México dialoga, años después, con su hija sobre cuál fue el verdadero rostro del autor de La raza cósmica. ¿Era acaso un hombre intolerante, vanidoso y autoritario, un editor que falseaba los tirajes de su colección de clásicos, un rector y secretario de arranques temperamentales?

—¿Qué fue lo que más admirabas en Vasconcelos, pa? [...]

...a los 28 años, mejor informada, con madurez intelectual y ya dueña de una opinión bien sustentada del llamado “Maestro de América”, creyó conveniente aprovechar la ocasión para esperar de su padre la verdad que hiciera libres a los tres: a don Marcelino, a Ariadna y al propio Vasconcelos, ya sin el aura que le acompañó y él se empeñó en construir: su propio mito [...]

Era necesario saber de su propio padre qué habían hallado él y los partidarios de un hombre que despertó tantas esperanzas y provocó tantas frustraciones. Creyó que en la ocasión festiva, en la que habían intercambiado regalos, brindado por la felicidad de todos y gozado del alborozo familiar, podría internarse en el resbaloso terreno de las admiraciones equívocas [...]

Sabía que para su padre, Vasconcelos era El Educador, El Filósofo, El Reformador político, El Prosista consumado, El Reivindicador de lo indígena, El Revolucionador de los valores nacionales, incluso El Pensador demócrata, aunque en los últimos años había simpatizado con nazis, fascistas y dictadores. Eran tantos Vas-

concelos en uno, que Ariadna quería saber qué hechizo había ejercido sobre su padre, los intelectuales, los estudiantes y las masas, a quienes cautivó y logró que apoyaran sus afanes políticos.

Pero antes de que don Marcelino respondiera, doña Meche, que le tenía real aversión a Vasconcelos, adelantó su recriminación:

—Es lo mismo que le pregunté a tu padre, hijita, miles de veces: ¿qué le ves a ese hombre? Tan altivo, tan altanero, consumido por el rencor y por sentir que todo el pueblo mexicano lo humilló por no querer morir por él.

—No fue así, Meche. No quería que muriéramos por él, sino con él, que defendiéramos la victoria política conseguida —la comedia justificada de Marcelino.

—¡Ah, sí! ¡Quería que el pueblo se levantara en armas, mientras él estaba escondido en el extranjero! En unos Estados Unidos que según él rechazaba y culpaba de todos nuestros males. ¡Qué hombre tan incongruente!

La abuela Maclovia aportó igualmente su punto de vista:

—Sí es cierto, Marcelino. A mí siempre me pareció tan contradictorio: odiaba a los Estados Unidos por pro-

testantes, pero bien que vivía de ellos. Aquí nunca quiso dar clases, pero allá con los yanquis sí, porque adoraba los dólares y despreciaba nuestros pesos. Viejo interesado.

Ariadna se inquietó ante la andanada contra don Marcelino que motivó su pregunta, sin otro propósito que el de averiguar qué había visto su padre en el recién fallecido, que vivió los últimos treinta años la amargura de no ser valorado como el Mesías que el país necesitaba. Lo que menos habría querido era incomodar a su padre en la reunión navideña y ya había provocado las reclamaciones de su madre y de su abuela.

—¿Tú qué viste en él, pa? —insistió en una complacencia amorosa con el hombre que le había contagiado el amor por la cultura.

—Ya lo he dicho muchas veces, hijita —puso antecedentes a su respuesta—. Su inteligencia reflexiva fue lo primero que me deslumbró, pues como sabes lo conocí a través de las colaboraciones que entregaba a *El Universal* y que a mí me encargaban revisar, pues realmente no tenía qué corregirle, acaso reparar una falla de tecla mal tocada o una errata que llegaba a deslizarse en sus impecables escritos, por culpa, tal vez, de la premura periodística.

—Pero luego, pa, al corregir sus libros te percaste de que no era un gran prosista y sólo gracias a tu esfuerzo adquirió fama de artífice de la palabra [...]

—Ay, hijita —respondió a los 74 años, ya no con el ímpetu de otros años, sino con la indulgencia de la sabiduría— ¿por qué supones que son errores de él los que pueden ser faltas mías? Yo no soy infalible.

—Por favor, pa, son cosas que tú me has corregido tras explicarme por qué es erróneo su uso. Si están en sus libros es porque él no aceptó tus sugerencias.

—No es eso, hijita. Piensa que los autores también tienen derecho a defender su estilo. A lo mejor le pareció que lo que yo quería corregir disminuía su impulso.

—¿Cuál impulso? Dirás su arrogancia. Siempre se sintió tocado por los ángeles —no ocultaba su molestia doña Meche—. ¿Cómo iba a aceptar sus errores?

—¿Qué errores, Meche? Un *lapsus calami* cualquiera lo tiene —la resistencia de don Marcelino se sustentaba en la amistad.

—No es por contradecirte, pa. Pero cuando dio a conocer su *Ulises criollo*, que es de sus memorias lo mejorcito, don Luis Cabrera le señaló los crasos errores y eso que pasó por alto las erratas, que podían deberse a la imprenta o a la mecanógrafa.

—No se te olvide que Cabrera no le tenía buena voluntad: después de ser buenos amigos terminaron en bandos políticos contrarios —quiso matizar la crítica.

—Sí, pa, no se llevaban bien, pero lo que le señaló estaba muy bien sustentado.

—Le corrigió el mal uso de *hasta* como preposición o como adverbio y tuvo toda la razón, según recuerdo

lo que me enseñaste. Escribió Vasconcelos algo de un teorema, que no había entendido “hasta que vio la explicación gráfica” y Cabrera corrigió que debía haber escrito “no entendí el teorema hasta que...”. También le aclaró que *obsediar* no existe en español, sino que es *asediar* y que tampoco *cacaraqear*, sino *cacarear*, lo que por cierto sí corrigió en una edición posterior y también aceptó que había sido un error atribuir una conocida fábula (“A un panal de rica miel...”) al mexicano José Rosas Moreno, cuando que todos sabemos que es del español Félix Samaniego. Eso sí lo corrigió en la edición que yo leí. Le reprochó igualmente que confundiera acechar con asechanza y que no supiera la diferencia entre *estar de pie* y *estar en pie*.

—¿Qué más le dijo Cabrera, hijita? —quiso averiguar con cierto morbo doña Meche.

—Bueno, pues le dio un buen repaso no sólo con ciertos nahuatlismos, en los que era experto, como saben.

—Cierto —asintió don Marcelino.

—¿Como qué? A ver, dinos de lo que te acuerdes —curioseó también la abuela.

—Anotó que escribió *chapapote* cuando debió haber puesto *chapopote* y que en vez de *papalote* apareció en *Ulises criollo papelote*, y hasta se burló de él porque dijo que “papelote es el que hizo el escritor, el casi sabio Vasconcelos”.

—¡Qué bueno, se lo merece! —remató doña Meche.

—También le corrigió los dislates que cometió al citar en latín, *pulvis eris*, en lugar de *pulvis es*, o bien: *mater misericordis*, en vez de *mater misericordiae*. Como los dos estudiaron derecho, al igual que yo, lo exhibe por no recordar cómo es en latín una definición de Justicia. Vasconcelos escribió: *Justitia est constant et perpetuas voluntas de jus sum quique tribuendi*.

—¿Y eso qué es? —se extrañó doña Maclovia.

—Algo así como “La justicia es la constante y perpetua voluntad de reconocer a cada quien su derecho” —tradujo don Marcelino—, pero está deficiente la construcción.

—Tú lo leíste, ¿verdad, pa? Así lo escribió y por eso Cabrera le llamó la atención —completó Ariadna—. Porque constante en latín es *constans* y no *constant*. La *de* en *de jus* sobra y el *sum* es soy, pero está mal usado, porque debiera ser *suum*, suyo, y el *quique* debe ser *cuique*, con *c* y no con *q*.

—Ese primer volumen de sus memorias yo no tuve ocasión de revisarlo, hijita —se justificó don Marcelino.

—Ya lo sé, pa —sentada junto a él, a la mesa, Ariadna recargó cariñosamente su cabeza en el hombro del corrector—, porque no habrías pasado por alto errores históricos, de cronología, que le sirvieron a Cabrera para exhibir a su antiguo compañero de correrías maderistas.

—Ellos compartieron originalmente esos ideales y fueron carrancistas en un momento. Cabrera siguió con

don Venustiano, pero Vasconcelos no y tuvo que escapar en una fuga muy peliclesca porque Carranza lo encerró —aportó don Marcelino su sabiduría histórica.

—Pues sí, pero Cabrera lo pescó en varias fallas históricas y eso que Vasconcelos hizo un libro de historia de México. Aseguró que Díaz se reelegía cada seis años, cuando que era cada cuatro, pues no fue sino hasta 1904 cuando se aprobó que hubiera sexenio en vez de cuatrienio. También escribió que la *Marcha Zacatecas* ya se tocaba en los bailes en 1891, cuando que Genaro Codina la compuso en 1893. Y se anticipó también a poner calles asfaltadas en México en 1895, cuando que se asfaltaron años después. Incurrió en otro anacronismo, al apuntar que en 1910 ya había refrigeradores eléctricos en México, pero fue en 1911 cuando la General Electric los empezó a fabricar en serie y llegaron a las casas en Estados Unidos. De veras, pa, que estaba lleno de errores su primer libro de memorias, que para muchos fue de alto valor literario, aunque para mí, el segundo, *La tormenta*, fue el mejor contado. Y si hubiera presentado su autobiografía como novela, no habrían tenido importancia sus errores, sus disparates históricos, geográficos y biológicos, que de todo eso le señaló Cabrera. Y ya no sigo para no aburrirles.

—A mí no me aburres, al contrario, hijita: me quitas lo burra y me ayudas a fortalecer el desagrado que siempre tuve por ese señor tan creído, tan mal padre, tan mal hijo y tan mal marido. Porque sólo tenía ojos para su mamá, pero para nadie más —la alentó a seguir doña Meche.

—Y a mí tampoco, preciosa —la estimuló igualmente la abuela—. Ya sabes que todo lo tuyo me parece perfecto.

—Espero no molestarte a ti, pa —intentó conseguir el asentimiento también de don Marcelino.

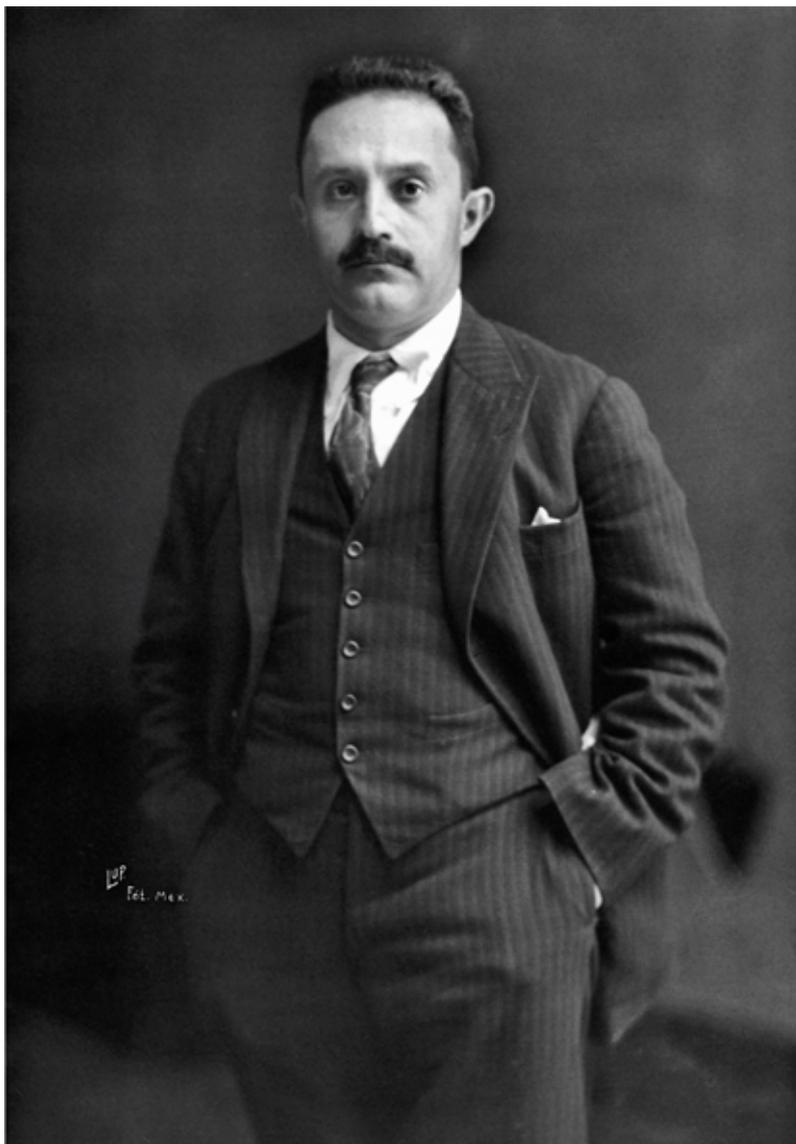
—No, no, si para mí es música de Mozart tus palabras. Admiro a Vasconcelos, pero no tanto como a ti, mi niña preciosa —la aclaración cariñosa y condescendiente de don Marcelino.

—Digo, por tratarse de tu amigo —temía estar importunándolo.

—Amigo, tu papá de Vasconcelos, pero no de allá para acá —insistió doña Meche en remarcar distancias—, pero este hombre es un alma de Dios —y lo besó, fervorosa.

—Yo sé que no lo vas a aceptar, pa, pero en el fondo tendrás que admitirlo: Vasconcelos no sabía escribir. Sabía contar y hasta describir muy bien a las personas y los paisajes, pero no era un buen escritor, aunque haya sido miembro de la Academia y del Colegio Nacional y muy reconocido por los gobiernos de Cárdenas en adelante. Y eso que él trató de derrocar a Cárdenas.

—¿Y quién tiene la autoridad para decretar si alguien sabe o no escribir? —intentó la defensa don Marcelino.



José Vasconcelos

—Cuando hasta tus mejores amigos te lo dicen, pues sólo por soberbia se negará uno a aceptarlo —argumentó Ariadna, que tenía facultades, pero las había sosegado, por temor a no estar a la altura de los conocimientos de su padre.

—Pero vaya que era soberbio Vasconcelos —confirmó doña Meche—. De haber llegado a la presidencia se habría proclamado César, zar o por lo menos Cid.

—Cid... Curioso que lo nombres, ma. No te vayas a molestar, pa, pero ya ves que cuando se fue del país, tras perder la presidencia, dijo que regresaría cuando hubiera gente dispuesta a defender con las armas el poder que había conquistado. Y luego acusó a los mexicanos de cobardes por no haberse levantado en armas, para derrocar al gobierno, que luego él vendría a encabezar ya terminado el riesgo de la metralla. Yo creo que fue el revés del Cid Campeador, pese a todo fiel al rey Alfonso, lo que le hizo merecedor de lo que asegura el *Cantar de Mio Cid*: “¡Qué buen vasallo sería / si tuviera un buen señor!”, pero en el caso de Vasconcelos debe haber pensado a la inversa: “¡Qué buen Señor yo sería / de haber tenido vasallos!”.

—¡Buen punto, hijita, buen punto! —celebró doña Maclovia y compartió la risa doña Meche, no así don Marcelino, a quien le pareció exagerada la paráfrasis.

Ariadna intentó recuperar el ambiente cordial en que su papá se sentiría mejor.

—Es una broma, pa, no lo tomes a mal. Lo que he leído es que fueron muchos los que le dijeron que escribía mal, que era descuidado, que no se esmeraba en lo que hacía y con todos los que le dijeron se fue distanciando. Henríquez Ureña le dijo una vez entre copa y copa que era mal escritor y dejó de hablarle Vasconcelos y hasta es posible que haya influido para que se fuera de México. Alfonso Reyes se lo expresó en una carta y no sólo dejó de escribirle, ya que le canceló el nombramiento de subsecretario de Educación que le iba a ofrecer. Victoria Ocampo, en Argentina, se decepcionó de él y no lo volvió a recibir en su casa. Cabrera en su ensayo crítico que llamó “Una cacería de gazapos”, escribió que el libro no aporta nada. Castro Leal, años después, le reprochó el descuido en sus textos y recordó que no quiso ser verdadero profesor de aula, tal vez porque “no sabía caminar acompañado”, así que lo de “Maestro de la Juventud de América”... queda en veremos. Y otros autores, expertos en su materia, han dicho que las

obras filosóficas de las que se enorgullecía tanto Vasconcelos eran “más música que filosofía”; Santos Chocano le reclamó que presumiera de hacer estudios indotánicos sin saber sánscrito y el propio Cabrera lo puso en ridículo por su pobre conocimiento del inglés, el francés, el italiano y el alemán, pues se empeñaba en mostrarse políglota. No sé si recuerdes que en su *Indología* Vasconcelos reconoció que no escribía bien. Y yo, también, modestamente y gracias a ti, he marcado en sus libros los errores que descubrí y ya no digamos en *La Flama* y en el anterior *En el ocaso de mi vida*.

Sintió que estaba agobiando a don Marcelino, al situar en la picota al hombre que les había dado en 1929 a muchos de sus seguidores una razón para vivir. En el afán de darle un respiro a su padre, le procuró un resquicio de aire fresco:

—Termina de contarme por qué lo admirabas, pa.

—Bueno, pues también me gustó su lealtad a los principios que lo llevaron a apoyar a Madero y a buscar luego la presidencia para poner en práctica el maderismo.

—Pero Vasconcelos era contrario al espiritismo que guiaba a Madero. Además, don Francisco no era fascista, pa, como terminó siéndolo Vasconcelos. ¿O acaso persiguió con saña a sus rivales, los encerró en un campo de exterminio para acabar con ellos cruelmente?

—No, hijita. ¿Cómo crees? Madero era demócrata y por el contrario ni persiguió a sus rivales ni los asesinó o siquiera encarceló. Si eso fue lo que más le criticaron por no darse cuenta de que le entregó el poder militar a su enemigo Victoriano.

—Además, pa, Vasconcelos buscó la presidencia porque probó el poder y le gustó. Pero qué bueno que no ganó.

—¿Cómo dices eso, Arita? —extrañado ante la actitud de Ariadna, que parecía festejar el fraude electoral del que fue víctima Vasconcelos.

—No te molestes, pa. Yo sé que tú y muchos intelectuales arriesgaron su tranquilidad y hasta su vida por apoyar a Vasconcelos, porque creyeron que él garantizaría la paz y la democracia. Pero ahora que he leído más de él me doy cuenta de que no era demócrata, sino autócrata, autoritario, que sólo le satisfacía imponer su voluntad y no le gustaba que lo contrarioran. Sus obras son un canto al individualismo y no oculta su desprecio a las masas. Sé que a su lado viviste tu sueño juvenil, pero Vasconcelos los engañó. Para ustedes fue lo que ahora son la Revolución cubana, Fidel, el Che Guevara y los demás revolucionarios, para mi generación. Pero estos no nos defraudarán...

—Bueno, sí, era un tanto caprichoso y no le gustaba que lo encontrara uno en falta, pues varias veces se molestó porque le señalé que se había equivocado al escribir o al dar alguna información. Pero todos hemos tenido algunos disgustos pasajeros por darnos cuenta

Los Cuadernos de

ARIADNA

Héctor Anaya



PROMOCIONES Y PROYECTOS
CULTURALES XXI. S. A. DE C. V.

de que fue el descuido lo que motivó la falta y, más que contra los demás, se enoja uno consigo mismo.

—Pa, ¿sabes qué?: me temo que nos hubiera ocurrido algo terrible si hubiera llegado a ser presidente.

—¿Temas? Si al contrario, creo que con él en Palacio Nacional habríamos conocido el verdadero progreso.

—A lo mejor el progreso sí (hasta con Porfirio Díaz se alcanzó), pero no la Civilización, que debería ser la aspiración de todo gobernante. Dice Bertrand Russell que se ha alcanzado más fácilmente el progreso que la civilización. Vasconcelos fue intolerante, hasta con sus superiores: no soportaba que le llamaran la atención y por eso le presentó su renuncia al presidente De la Huerta que lo nombró “de dedazo” rector de la Universidad, aunque no había dado clases en ella; cuando provocó conflictos internacionales con Venezuela, también le adelantó la renuncia antes de que lo llamaran a cuentas. Y otro tanto hizo con Obregón, que creó para él la Secretaría de Educación Pública: “Aquí está mi renuncia, si no se hacen las cosas como yo digo”, parecía querer significar con sus dimisiones.

—Eso demuestra que era un hombre congruente, honesto, que esperaba respeto y aceptación de lo que hacía.

—No dudo de su honestidad, aunque dicen que en Sonora, cuando Cárdenas lo nombró, allá por 1939, rector de una universidad que apenas se iba a construir, empezó a cobrar su salario y el de su yerno Herminio Ahumada. Un periodista, el director del periódico *El Imparcial*, José Abraham Mendivil, lo denunció, y entonces el hijo de Vasconcelos, José, lo retó a duelo; el periodista aceptó, siempre y cuando primero se batiera con don José; aparentemente aceptó Vasconcelos, se pactó el duelo y cuando ya se iban a enfrentar salió huyendo en la madrugada el valiente señor.

—Valiente sí era. Un día se enfrentó, él solo, a los bachilleres que en la Preparatoria le había organizado en su contra Lombardo Toledano.

—Se les enfrentó, porque no los quería. No se puso a dialogar con ellos... Fue a imponerse, a desafiarlos, porque tal vez buscaba desde entonces el martirologio que le concedió Calles. Pero antes, según cuenta en *Ulises criollo*, atacó a los jóvenes antimaderistas mediante unas declaraciones en la prensa, en las que habló de “el fetiche del estudiante” [...]

—Mucha gente se ha vuelto contra él por simpatizar con Hitler y Mussolini, pero no es el único personaje de la cultura que se dejó seducir por el antiimperialismo de los nazis —el intento de don Marcelino por rescatar a su admirado autor.

—¿Mal de muchos, pa...?

—Muchos creyeron en Hitler al principio... Se confundieron.

—Pa, no te desgastes en su defensa.

—El Vasconcelos que nos animó en el 29 merece todo mi respeto.

—Pero cambió, pa. Ya no es el que ustedes creyeron que iba a salvar al país.

—La vida no es lineal, hijita. Hay cosas que nos modifican. Alguien lo convenció...

—Vasconcelos no fue sorprendido, siguió creyendo en los nazis y los dictadores hasta el último día de su vida. ¿No dirigió la revista *Timón*, con dinero de los nazis?

—Muchos se equivocaron. Ya ves que Henestrosa también se afilió al nazismo, el Doctor Atl... —quiso disminuir la culpa de Vasconcelos.

—Al borrachín de Andrés lo deben haber convencido con una botella de mezcal —doña Meche no se sorprendió de esa simpatía.

—Pues sí, pa, pero Pellicer no se dejó embaucar, ni los hermanos Magdaleno, ni Fedro Guillén, ni Gómez Arias y otros vasconcelistas. Tú mismo. Él ya era nazi y racista, antes de que apareciera Hitler.

—Eres muy dura con él, hijita. Se te olvida todo lo que hizo por el país. Su labor educativa y de editor de libros clásicos [...]

—Él no quería educar, pa —continuó Ariadna su tarea lapidaria—, sino instruir, volver más productiva a la gente para que fuera más útil a los empresarios. Lo bueno es que todo está por escrito. Ni siquiera su labor alfabetizadora ha funcionado: cuarenta años después sigue muy elevado el número de analfabetos... En cuanto a los libros, hizo menos ejemplares de los que presumió y fue muy selectivo con los autores que para él merecían ser editados: escogió a los místicos, a los que compartían su doctrina mesiánica. [...] Dicen que sus tirajes nunca fueron de cincuenta mil ejemplares como presumió¹ y que además la gran mayoría se quedó en las bodegas.²

—Bueno, eso de editar a los místicos que compartían su doctrina, no creo que haya estado mal, hijita. Porque habrá sido malagradecido con tu pa, mal marido y peor padre, pero con todo y su egolatría nunca dejó de ser un buen creyente católico —reconoció doña Meche.

—Pues ni en eso fue congruente, ma —sorprendió Ariadna a dos almas religiosas, doña Meche y doña Maclovia—. Convenenciero, más bien, aunque me miren asombradas, ma y abuela. Recuerden que un tiempo se apartó de la Iglesia y luego se arrepintió, pero llegó a escribir que estaría junto a los ateos si ellos creían más

¹ El escritor y académico Felipe Garrido, en Las Jornadas Vasconcelianas de 1982, tras consultar diferentes fuentes, calculó que los tirajes reales pudieron haber sido de 11,557 ejemplares en un caso y en otro, de 6,118 y no los 25 mil que divulgó Vasconcelos en *Indología y El desastre*.

² El maestro Jorge Hernández C., en su inédita tesis doctoral, aporta cifras oficiales de la SEP, según las cuales, en 1925, de 239 mil 685 libros editados, sólo se habían distribuido 8 mil 112.



Antonieta Rivas Mercado y José Vasconcelos, 1931

en la justicia que en la Iglesia. Y en su último libro, *La Flama*, recogió el diálogo que tuvo con su antiguo enemigo Calles, quien lo invitó a participar en una conjura contra Cárdenas, a quien supuestamente los militares iban a derrocar y como el que fue Jefe Máximo le ofreció que lo llevaría a la presidencia, Vasconcelos escribió que con tal de llegar a ser el supremo gobernante, era capaz de asociarse con el Diablo. ¿Eso lo declararía un católico devoto?

—No, ni lo mande Dios —se persignó doña Meche.

—Y convenenciero como fue, cuando creó el lema universitario no se atrevió a mostrar lo que en realidad pensaba: que se refería al Espíritu Santo, cuando propuso que en el escudo figurara lo que siempre se creyó era una leyenda laica: “Por mi raza hablará el espíritu”, pero no el alma, la sensibilidad, sino el Espíritu Santo. ¿Por qué no se atrevió a exponer su credo? Porque así le convenía en ese momento: no quería disgustar a los revolucionarios jacobinos, que había muchos, porque a diferencia de la lucha por la Independencia en que abundaron los curas, empezando por Hidalgo y Morelos, en la Revolución de 1910, no hubo alguno recordable...

—Tal vez no planteó lo del Espíritu Santo porque consideró que no era el momento de hacer confrontaciones religiosas —intervino el descreído Marcelino—. Si así se produjo la Guerra Cristera, ¡imagínate si él hubiera provocado el choque!

—Él siempre hizo gala de su honestidad de pensamiento y declaró su fe religiosa, pero en este caso prefirió ocultar su devoción. En *La Flama* exalta a los cristeros, casi los santifica, pero no los aceptó en su campaña presidencial, porque acababa de pasar la Guerra Criste-

ra y no sería bien visto que acogiera el apoyo de los devotos, uno de los cuales, León Toral, fue quien cometió el magnicidio contra Obregón.

—Fue la estrategia de entonces —quiso precisar el activista vasconcelista.

—Y cuando le convino se manifestó conservador, fascistoide, reaccionario, en los últimos años, para ganar un lugar en la Catedral, donde se guardan sus restos.

—La Iglesia debe haber considerado que lo merecía —las palabras sensatas de doña Maclovia.

—No, abue, yo creo que también engañó a la Iglesia. Todo en Vasconcelos fue mentira, mito. Se creyó genio y no lo fue; gran escritor y tampoco resultó; filósofo y no aportó nada; educador, editor, maestro y hoy ha quedado al descubierto su pobre actuación; opositor y anduvo buscando honores y reconocimientos de un gobierno que decía detestar; presumía de demócrata y terminó justificando al fascismo porque hemos vivido en él, y admiró a los dictadores, porque “Un dictador genial puede hacer algo”. Predicó el amor en uno de sus discursos, pero no lo practicó y en cambio exaltó “el odio que purifica”, contra judíos, comunistas, protestantes, masones, la familia, los hijos, las culturas prehispánicas, que iban a constituir “la raza cósmica” y terminó despreciándolas, para glorificar la conquista brutal que no destruyó nada, según él, porque antes de los españoles no había nada valioso en estas tierras. De lo único bueno que hizo se arrepintió: la pintura mural y la lucha por unas elecciones limpias.

—¿Ese era el verdadero Vasconcelos, hijita? —descubrió doña Meche argumentos en qué sustentar su antipatía.

—¿No hallaste nada bueno en él, hijita? —quiso saber don Marcelino.

—Pues no, pa, discúlpame. Según escribió en una carta a un amigo, tendríamos que “llorar de vergüenza, de impotencia, de vergüenza y rabia por lo que perdieron perdiéndome”. Pero la verdad yo siento que ganamos más perdiéndolo.

—¿Eso escribió? —se indignó doña Maclovia—. ¡Viejo vanidoso! ¿Qué se creyó?

Y aunque hubo besos y abrazos, alegría por otros motivos, superado este episodio, no fue una Nochebuena, ni siquiera para Ariadna, que entendió el significado de la victoria pírrica de hacerle aceptar a su padre una realidad, que seguramente no desconocía: la existencia de otro Vasconcelos, encubierto por el mito.

Ariadna también comprendió que, pese a todo, Marcelino seguiría admirándolo, cuando la despidió con una frase definitiva:

—Hijita, yo nunca voy a negar mis amores juveniles. **U**

Fragmento de la novela *Los cuadernos de Ariadna*, de Héctor Anaya.